

Cuentos de soledad y muerte

Páginas ejemplo

Será tu tumba

Es de noche, reina la oscuridad, tanta penumbra te impide notar la presencia de la muerte. Tu muerte llega suave, oscura, silenciosa, y en una fracción de segundo se apodera de ti, te impide moverte, respirar, latir, soñar, esperar...

Por fuera sólo eres carne y hueso, tus fluidos comienzan a salir por borbotones, por tu boca, tu nariz, tu sexo inerte y flácido. Quieres levantar las manos y limpiarte lo que escurre por tu rostro. Es inútil, tu inmovilidad es absoluta.

Con los ojos cerrados miras desde dentro de ti, como un espectador mudo y silencioso, todo lo que pasa fuera de tu cuerpo: al doctor que se acerca y sin consideración ni respeto escudriña tu cuerpo, hasta te parece que mueve las manos con un poco de morbo. Definitivamente todos piensan que estás muerto.

Escuchas a lo lejos al doctor hablar en voz baja con tu hijo, quiere practicarte una autopsia, seguramente necesita un cuerpo donde experimentar lo aprendido. Tu hijo duda, te aterra la idea de que acceda. Imprimes la energía que te queda en tratar de levantar una mano y mover los labios para decirles que estás ahí, adentro, que no saquen tus vísceras, que no torturen más ese cuerpo cansado y abatido. Tu mano cae, resbala por la cama y escandaliza a los que te rodean.

Ese pequeño movimiento logra conmover a tu hijo, quien niega rotundamente con la cabeza. No hay necesidad de encontrar la causa de tu muerte, qué más da, la gente vieja se muere de cualquier cosa.

No hay dinero para una funeraria, nunca te preocupaste por tu muerte; sin embargo, en vida no te faltó nada. Te quedarás en casa hasta que llegue la carroza.

Entra a tu cuarto tu nuera, se ofrece a vestirme y limpiarte, cuando nadie la mira se burla discreta de tu cuerpo débil, casi amorfo. Te maquilla los pómulos con un rubor barato, lo hace de forma exagerada; la gente reirá al mirarte.

Dos extraños te toman entre sus manos. Uno tropieza y te golpea contra el piso, se escucha el crujir de un par de huesos.

Luego, te acomodan la cabeza y te introducen dentro del ataúd, esa caja acolchada en la que permanecerás por siempre. Un ataúd gris, con pocos lujos, con agarraderas plateadas y colchones cubiertos de tela satinada blanca.

Una vez dentro del ataúd, tu cuerpo comienza a ponerse rígido, la muerte no te permite abandonar tu cadáver.

A tu lado se encuentran un par de mujeres que entre lágrimas rezan los misterios dolorosos. Esperas que el resto de los presentes se una a los rezos para ayudarte a separar el alma del cuerpo, a abrir tu prisión y dejarte escapar al paraíso.

Un sinfín de rosas y otras flores blancas cuyos nombres no recuerdas son acomodadas alrededor de tu ataúd. Piensas que las flores no sirven de nada, a pesar de todos los esfuerzos no puedes abandonar tu cuerpo.

La sala comienza a quedarse vacía, todos se han retirado a dormir sin importarles que el frío penetre tus huesos, que el ataúd te dé miedo, que estés solo, prisionero.

Ha pasado ya la noche entera, el sol ha salido pero no logra calentarte ni siquiera un poco. Te encuentras andando sin prisa en una carroza fúnebre, el trayecto es corto, pero el paso lento lo hace largo, casi interminable.

Ya no hay escapatoria, sientes el movimiento de la caja y su pausado descenso hasta tocar el piso. En unos pocos minutos comenzarás a escuchar el caer de la tierra que marcará tu tumba. Después te encontrarás sumergido en un silencio perpetuo, y en la oscuridad absoluta esperarás a que la muerte termine con tu cuerpo.